

Antonio Iturbe

La playa infinita --



Iturbe es un físico especialista en neutrinos que, tras más de dos décadas en el extranjero, vuelve para saldar sus deudas sentimentales a La Barceloneta, el barrio en el que se crio. Paseando de nuevo entre sus calles, descubrirá que, entre pisos turísticos, franquicias de multinacionales y la progresiva desaparición de los vecinos, ya solo quedan vestigios de su memoria y deberá, con la ayuda de un amigo de la infancia llamado González, rescatar su propio pasado, a la vez que va descubriendo el destino de algunos de sus compañeros de generación.

La playa infinita es una novela que funciona como guía sentimental del estilo de vida y las callejuelas de la Barcelona de última mitad del siglo XX; una melancólica carta de amor a un barrio y, por extensión, a una ciudad que nunca volverán. Y una reivindicación del poder de la imaginación, de la literatura y de la ficción para completar un retrato del último medio siglo de historia española.

Para Susana

Índice de contenido

Cubierta

La playa infinita

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

Sobre el autor

–Una playa es una chatarrería de minerales sin valor y un cementerio de cangrejos, pero las playas nos enseñan mucho de nosotros mismos. Estamos hechos exactamente por la misma materia que el grano de arena, de las mismas partículas básicas de las que está hecho todo lo que vemos y tocamos, incluso todo lo que soñamos.

–Vives de sueños, González.

–Porque todos los recuerdos son sueños. Parpadeas, y lo que era presente ya es pasado. La vida no podemos vivirla, se nos escapa entre los dedos, solo podemos soñarla. Iturbe, a eso has regresado tú a la Barceloneta, a pisarles los talones a las sombras y a perseguir fantasmas.

–La playa de mis recuerdos tiene el cielo gris y el mar revuelto. Hay botellas de plástico traídas por el oleaje, trozos de redes de pesca rotas, maderas podridas, ratas ahogadas. Tengo cinco años, González. Atardece cuando llego con mi hermano y mi abuelo al Paseo Marítimo.

–Aquí todas las calles son marítimas porque todas desembocan en el mar, el asfalto es arena y el barrio es playa. La Barceloneta es marginal porque es margen, nació extramuros de Barcelona y nunca le ha pertenecido. Hay murallas que no pueden derribar las piquetas.

–Esa tarde es nublada. Es la tarde de un verano que se acaba.

–Los veranos siempre se acaban. Se tienen que ir para poder volver.

–Mi abuelo no me deja quitarme la camiseta porque dice que refresca. Llevo pantalones cortos y él me ayuda a descalzarme las sandalias porque la trabilla me resulta im-

posible, me hago daño en la yema de los dedos y la trabilla me deja en las manos olor a cuero.

—No puedes tirar de la trabilla porque tus dedos son un queso tierno. Cuando tu abuelo agacha la cabeza, ese tabardo suyo de muchos inviernos tiene el olor ácido de esas bolas de naftalina que las madres esconden por los armarios como si fueran peladillas.

—Sentimos en las plantas de los pies las cosquillas de la arena.

—El grano de arena percibe que hay niños jugando en la playa porque vuestras pisadas apresuradas generan unas ondas sísmicas que se transmiten a la playa entera, rebotan de grano en grano, como en un péndulo de Newton donde las bolas se golpean sucesivamente hasta que la última se alza en el aire por el empuje de la primera. Cada pisada tuya y cada parpadeo, el grano de arena se lo cuenta al siguiente. Y el siguiente al siguiente. Y el siguiente del siguiente al siguiente. La playa funciona como un bosque con los árboles conectados subterráneamente por los tentáculos de las raíces: cuando el leñador llega, en el extremo opuesto del bosque el último árbol se estremece. Playa, bosque, barrio, sistema venoso. Todo palpita, Iturbe. Todo tiembla, y tú también.

—¿Cómo sabes que tiemblo?

—Te noto temblar ahora, mientras recuerdas. Tiritas con el frío del pasado.

—Mi hermano y yo buscamos cerca de la orilla piedras de colores: azules, verdes, naranjas.

—Son solo cristales rotos desgastados por el mar, pero para ti son joyas del collar de una sirena.

—Mi hermano es más tranquilo y se va a buscar el cubo y la pala. Yo corro por la playa. Arriba y abajo, sin parar. No quiero llegar a ninguna parte, tan solo correr por la orilla, correr más que las olas.

—Los niños sois felices porque la vida nunca va a terminar, porque creéis que siempre habrá un verano más.

Cuando eres niño corres por una playa infinita.

—Mi hermano lleva la pala. Es callado, pero siempre es justo conmigo. Yo quiero agarrar arena con el rastrillo pero es como intentar coger la sopa con un tenedor. Él llena el cubo a paladas y como se pone a aplanar el sobrante de arena con unos golpes de pala, yo me apresuro a imitarlo con el rastrillo. Mi abuelo no juega con nosotros, se ha ido hasta los soportales a afilar su pequeña navaja negra contra el canto de una columna de hormigón. Allí, con un lápiz enano que lleva siempre en el bolsillo, escribe la fecha y su firma con una jota muy elegante. El cubo de plástico ya está lleno y abro mucho los ojos, ansioso por ver si de ahí adentro sale un castillo. Mi hermano gira de golpe el cubo y, por arte de magia, se levanta a nuestros pies una fortaleza con sus almenas perfectamente marcadas. Corro excitado hasta la orilla a buscar piedras de colores para decorar nuestro imponente torreón. Cuando regreso con las joyas, el castillete ya se ha desmoronado.

Me quedo callado y alzo la vista al frente.

—González, ahora te brillan a ti los ojos. ¿Por qué te emocionas?

—Te pasas la vida levantando castillos de arena y va el viento y se los lleva. Un grano de arena es diminuto, frágil, insignificante y, sin embargo, construye el lugar sagrado donde van a morir las olas para que vuelvan a nacer.

Somos playa, Iturbe.

Tantos años después, tiro de mi maleta por las calles de la Barceloneta como si la arrastrara por esa playa de la infancia en la que nunca llegas al final ni tampoco te preguntas dónde está el principio. El chillido de las gaviotas, las sirenas de los cargueros llamando al práctico del puerto, las campanadas que traía la madrugada desde Santa María del Mar, el grito del ciego que vendía cupones para hoy porque mañana será tarde. Y ese alboroto de pájaros al salir la bandada de niños de la escuela.

Es un paisaje sonoro que solo existe ya en mi cabeza. Ahora el zumbido del termitero del futuro me aturde. En medio de tanta gente, camino solo. Trato de penetrar en las calles pero las calles me rechazan. Voy a entrar en la Granja La Catalana y hay en su lugar un local de alquiler de patinetes eléctricos, empujo la puerta de la tasca de la calle Pescadores para pedir una ración de calamares en su tinta y me recibe la tinta de un local de tatuajes; acudo a la papelería Sol para volver a sentir el olor a nata de las gomas Milán pero ahora es la oficina de una inmobiliaria con anuncios de pisos en ruso y en inglés. Reboto entre las aceras del barrio, soy una polilla topando contra un cristal.

He regresado a la Barceloneta pero aún no he vuelto. Camino por las calles estrechas y en algunos tramos reconozco con nitidez el perfil de una esquina que un día crucé o el gesto oxidado de una reja que me vio pasar, el rótulo de la bodega Fermín o la vidriera de la iglesia de Santa María de Cervelló donde iba los sábados por la tarde a estudiar catequesis, pero las calles no se acuerdan de mí. Yo miro a todo el mundo y encuentro ojos redondos y oblicuos, pelos de todos los colores, pieles de todas las

razas que se muestran sin pudor, escocidas por el sol, pero ellos no me ven. Soy el más extranjero de los extranjeros: el que un día perteneció al lugar y ahora bracea torpemente en medio de la multitud buscando una orilla.

Me dejo ir a la deriva por las calles. He venido a buscar a alguien del pasado pero el presente me agota. Pregunto en el centro cívico a la gente mayor y no me oyen porque el ruido de las partidas de dominó lo ahoga todo. El joven recepcionista no sabe nada, no es del barrio, no le interesa nada, lo veo tratar a los ancianos con el hastío con que los maestros sin vocación tratan a los niños, se me sacude como a una mosca. Entro en un bar del paseo Nacional, que ahora ya no se llama así, y nadie es del barrio, no son ni de este continente, son amables pero no saben nada y lo que pasó años atrás les resulta indiferente porque nadie puede habitar el pasado de los demás. Mi abuelo decía que agua pasada no mueve molino. Por eso prefería el vino y el coñac, aunque fueran comprados en la bodega Fermín a granel.

Camino en un estado de sonambulismo. Ya atardece cuando enfilo la calle Maquinista y a la altura del restaurante Can Ramonet doblo la esquina. Ahora es una calle peatonal, la acera ya no es un desfiladero entre los portales y los coches aparcados, y corre más el aire. Hay ventanas tapiadas con ladrillos para que no entren moscas, el rastro de una eliminación lenta pero implacable de vecinos mayores que se mueren o se van a residencias a morir de tristeza, y se van clausurando los pisos uno a uno hasta poder vender el edificio entero. Pero en otros edificios sigue habiendo sábanas colgadas en los balcones, chándales de marcas falsificadas que bailotean, calcetines en hileras que se mueven al compás, bragas que se insinúan con coquetería al viento.

Al adentrarme en la calle de la Sal me han empezado a escocer los ojos y a la altura del número cinco me he detenido. Al atravesar la puerta me llama la atención que las

paredes estén llenas de estanterías vacías y noto un peso en el aire como si muchas voces flotaran. Junto a la mesa de la entrada que hace las veces de mostrador monta guardia un Humphrey Bogart de cartón troquelado, con gabardina y cigarrillo, abrazado a la figura enigmática del halcón maltés, ese pájaro que está hecho con la misma materia con que se construyen los sueños: ilusión y cascarilla.

Me percato entonces que, desde una butaca con la tela muy rasgada, ella me observa con unos ojos de felino alerta. No es joven, pero tiene la mirada de una niña. Con ese nerviosismo que siempre tengo cuando voy a pedir algo, aunque sea un café con leche en un bar, le explico atropelladamente, elevando la voz sin darme cuenta, que acabo de llegar de Ginebra, que busco a alguien del barrio, le digo su nombre y dos apellidos y hasta la calle donde vivía. Siempre doy demasiadas explicaciones. Ella, en realidad, no me las ha pedido, únicamente me mira con curiosidad.

Se me eriza la piel al escuchar una voz lúgubre que surge como del fondo de un pozo. Pero aún me aterra más darme cuenta de que me llaman por mi nombre, porque en la escuela los apellidos eran los nombres:

—¡Iturbe..., se nos va a hacer de noche!

Abro mucho los ojos y pongo cara de espantado. Ella sonrío enigmática, se va hacia el fondo y desaparece tras una puerta. La voz llega de algún lugar subterráneo, como si brotara de los cimientos del edificio, y me fijo en la trampilla enrejada en el suelo que protege una escalera muy vertical que se hunde hacia un sótano oscuro. Me asomo al hueco y, con la claridad que se filtra de la calle, veo abajo, dibujada con tiza blanca, la silueta de un cadáver.

—¡Un muerto!

Doy un paso atrás con aprensión y desde lo profundo vuelve a llegar la voz, más guasona todavía:

—¡Iturbe, siempre has sido un cagado! Este local fue una librería de novelas policiacas y los dueños tenían sus ocurrencias.

Me doy cuenta de que esa voz antigua me resulta muy familiar, también ese tono entre chuleta y jovial de la gente del barrio. Levanto la trampilla enrejada y desciendo con cuidado la escalera iluminándome tenuemente con la linterna de juguete que ha viajado conmigo desde Suiza. La pequeña e insignificante linterna que me ha hecho dejar toda mi vida atrás y volver, tantos años después, al barrio de mi infancia es la que me guía en este descenso hacia la oscuridad.

Abajo hay un olor a papeles húmedos, a mohos, a legajos estropeados. El resplandor me permite distinguir un flexo sobre una mesa con novelas policiacas desperdigadas y ejemplares del semanario del barrio apilados en una esquina. Y, por fin, me siento, como si hubiera llegado a una posada en mitad de la noche. Me dejo caer en una aparatosa silla de oficina granate con ruedas; la piel sintética está despellejada en los reposabrazos y el respaldo, algo suelto, se balancea hacia atrás. Al sacar de la mochila los cuadernos que llegaron a Ginebra en una caja rescatada de un naufragio y depositarlos sobre la mesa, se alza una nube de polvo y ácaros que bailotean sobre el haz de la linterna. Al pulsar el interruptor, el flexo emite un cono de luz y, como en un juego de señales, delante se enciende otra. Él está sentado en otra mesa enfrente y me mira con una sonrisa un poco deshilachada. Tiene el rostro desgastado, como ligeramente borrado con una goma, pero lo reconozco enseguida aunque ahora no lleve gafas, es el Empollón, el que sacaba siempre las mejores notas de la clase.

Tiene mil arrugas, los ojos borrosos, el pelo negro y unas patillas largas de torero retirado con un millón de canas. Han pasado muchos años, pero lo reconozco con esa certeza absoluta con la que se reconoce a las personas en

los sueños. En el cole todos los compañeros lo llamaban «el empollón»: con sus gafas de pasta y su cabeza metida en los libros.

—¡González! ¿Pero qué haces tú aquí abajo? —le pregunto.

—Yo estoy donde siempre estuve, Iturbe. Nunca me fui del barrio.

Me mira desafiante, como si él hubiera tomado la decisión buena, como si yo hubiera sido un desertor, o un pringado.

—Aquí falta luz —le digo con desdén.

—Es la luz la que no deja ver nada. Es en la oscuridad donde uno empieza a ver algo.

González siempre me sacó de quicio. Sus grandes frases no han conseguido sacarlo de este pequeño agujero de la Barceloneta en cuarenta años. Quizá su cabeza esté más extraviada que yo mismo.

—¿Y qué eres? ¿Historiador de barrio? ¿Columnista estrella del semanario gratuito de la Barceloneta? ¿Intelectual de barra de bar?

Sonríe con sarcasmo y me mira intensamente, como si me leyera por dentro, y me hace sentir incómodo. Al agi-tarme en el butacón de falso cuero rojizo se levanta una nube de polvo y ácaros que bailotean en el haz iluminado por la bombilla. Para hacer las paces, le cuento algo de estos años en los que he trabajado en centros de investigación de Europa, Asia y América, pero enseguida bosteza. Le digo que he vuelto al barrio, pero hace una mueca de escepticismo.

—Todo está muy cambiado, antes nadie de fuera del barrio se aventuraba en sus calles más recónditas, pero ahora todo está plagado de turistas que forman un enjambre. En el paseo, me he sentado en un banco a mirarlos asombrado por toda esa riada de gente en movimiento, pero ellos pasaban delante de mí y ni me veían.

—¿Por qué habían de verte? Solo eras un guiri más arrastrando una maleta. Eres el más extranjero de los extranjeros, el que no sabe ni dónde está.

—Cuando he traspasado la puerta y he entrado aquí, me ha parecido un lugar extraño.

—Todo te parece extraño, pero lo dices con reproche, como si fuera culpa de los demás. ¡Fuiste tú el que te largaste! El barrio se te quedó pequeño y te diste el piro. En estos años te has perdido muchas cosas. Te perdiste aquí mismo la inauguración con vino tinto, cuando convirtieron este bajo en una librería especializada en género policia-co, no escuchaste su música de jazz las tardes de invierno, no viste sus días de brillo hasta que su música se apagó. No sabes nada.

Pone un gesto contrariado e incrusta la cabeza en sus papeles como si yo tuviera la culpa de que él se hubiera quedado encallado aquí todos estos años. Yo también hago como que leo unos papeles que me he traído, aunque no lea nada. Soy de esos tímidos que parecen extrovertidos porque hablan mucho, pero en realidad solo parloteo entre la gente para tratar desesperadamente de que no se haga el silencio, porque al quedarse callados tengo la certeza de que me miran y esperan algo de mí, y me angustia no estar a la altura de lo que esperan. Por suerte, ahí solo está el tarado de González y ni siquiera me hace mucho caso.

Suspiro con impaciencia, nunca he podido soportar bien el silencio. Por eso a veces hablo de más, para tapar los silencios, aunque sea a pegotes. Lo miro y por fin levanta la cabeza.

—¿Este zulo no te produce claustrofobia?

González se balancea en su silla, que es casi una mecedora. Su cuerpo se va hacia atrás, lo engulle la oscuridad y vuelve.

—Es aquí abajo, en la oscuridad, donde escucho el latido.